

Contenido

Introducción	9
El fenómeno de la transformación	13
<i>Transformación en la Biblia</i>	13
<i>Transformación en C. G. Jung</i>	24
<i>Transformación en el género del cuento</i>	33
La transformación en la pastoral	49
<i>Transformación de los sentimientos</i> <i>y las pasiones</i>	51
<i>Transformación en los sueños</i>	84
<i>Transformación en el cuerpo</i>	89
<i>Transformación a través del encuentro</i>	99
<i>Transformación del trabajo</i>	110
Lugares de transformación	115
<i>Transformación en la liturgia</i>	115
<i>El camino interior como camino</i> <i>de transformación</i>	127
<i>El sufrimiento como lugar</i> <i>de transformación</i>	135
Conclusión	145
Bibliografía	147

Introducción

Para la introducción a una celebración de la Eucaristía dije en fecha reciente algunas cosas sobre el misterio de la transformación que celebramos en cada misa y que marca el camino por el cual llegamos a ser nosotros mismos. En la reacción de algunos de los participantes noté que había dicho algo con lo que se sentían íntimamente identificados. Había intentado explicar que transformarse es algo diferente que cambiar, que en el cambio se esconde un elemento de violencia, mientras que la transformación es sustancialmente más suave. Que si pensábamos que tenemos que cambiar y modificarnos permanentemente, se escondía en nuestra visión la actitud de que, tal como somos, no somos buenos y que debemos hacernos diferentes, hacer de nosotros otra persona. Por el contrario, decía, transformarse significa que todo lo que hay en mí tiene permiso para existir, que todo es bueno y tiene un sentido, que mis pasiones y enfermedades tienen un sentido aun cuando a veces me tiranicen.

La transformación indica que lo auténtico debe hacer eclosión a través de lo inauténtico, lo genuino a través de lo aparente. Mis pasio-

nes y enfermedades claman siempre por un bien valioso y quieren señalarme que hay algo en mí que desea vivir, lo que todavía no le he permitido hacerlo. Si mi pasión y mi enfermedad experimentan la transformación, encuentro justamente en ellas una nueva calidad de vida, una nueva vitalidad y autenticidad.

En cada eucaristía celebramos la transformación de nuestra vida. En los dones del pan y del vino nos presentamos y exponemos a nosotros mismos a Dios con nuestro desgarramiento, con todo lo que nos desgasta y tritura, con nuestros pensamientos y sentimientos, con nuestras necesidades y pasiones, con lo consciente y lo inconsciente. Y confiamos en que Dios recibe y transforma nuestros dones, en que, aunque no lo notemos, a través de las numerosas celebraciones de la eucaristía algo cambiará imperceptiblemente en nosotros, del mismo modo como la levadura impregna toda la masa y la transforma en algo sabroso y comestible.

Los que participaban en esa celebración eucarística eran sacerdotes y religiosos que buscaban en nuestra casa de retiro una profundización y acompañamiento terapéuticos. Todos ellos estaban dedicados con gran seriedad a trabajar sobre sí mismos y a desarrollar estrategias de cambio personal. En ese marco, el mensaje de la transformación, en lugar del mensaje del

cambio, es decir, el mensaje de la transformación que Dios opera en nosotros y que celebramos a diario en la eucaristía, era realmente un evangelio, un mensaje de alegría. Algunos acudieron después a mí para decirme que mis palabras habían tocado exactamente su situación. De puro trabajo en sí mismos, de puro cambio y modificación, habían olvidado que es Dios quien hace en ellos lo verdadero y propio, que es él quien quiere transformar sus heridas y traumas, sus debilidades y conflictos. De pronto, sintieron que las heridas de su vida y los conflictos les estaban remitiendo a un valioso tesoro que debían descubrir y sacar hacia fuera en la conversación espiritual y terapéutica.

Desde entonces he seguido la pista del misterio de la transformación. Ni en las enciclopedias teológicas ni en el diccionario enciclopédico de espiritualidad encontré una voz con el título “transformación”. Mejor suerte tuve en los libros de psicología, sobre todo en la obra de C. G. Jung y en los escritos del conde K. G. Dürckheim y de Teilhard de Chardin. Así, pues, procuré comparar las ideas que allí encontré con la tradición espiritual. Además, presté atención al fenómeno de la transformación en el acompañamiento espiritual que llevo a cabo en la casa de retiro, así como en todas mis experiencias y lecturas. A través de todo esto tomé conciencia de algo del misterio del

hombre y de su camino, del misterio de Dios, que transforma al ser humano a través de todo lo que le sale al encuentro. Se trata apenas de un barrunto. No obstante, quiere dar al lector participación en los pensamientos que he tenido sobre la transformación. Tal vez le ayude a descubrir en sí mismo el camino de la transformación y a poder observarlo mejor en los hombres a quienes acompaña. Quiero agradecer al P. Meinrad, que leyó el manuscrito y me hizo valiosas sugerencias. Hablando con él se me hizo claro que toda nuestra vida está marcada por el misterio de la transformación y que habría que buscar la presencia de ese misterio en muchos ámbitos. Pero, lamentablemente, este libro no podrá realizarlo.

El fenómeno de la transformación

Transformación en la Biblia

La Biblia está llena de imágenes de transformación. Dios aparece siempre de nuevo en la Biblia como aquel que transforma a los hombres y su mundo. Cuando Dios sale al encuentro del hombre, lo transforma y lo salva. La transformación es una modalidad en la que acontece la salvación. Cada página de la Escritura gira en torno al tema de la salvación, de que Dios saca al hombre de la cautividad de su pecado, lo libera de las cadenas de poderes ajenos y lo eleva a su dignidad originaria. Transformación es divinización del hombre. El hombre sólo encuentra su verdadero ser cuando Dios entra en su vida y lo penetra con su Espíritu. El Antiguo Testamento no tiene aún ningún término para expresar la transformación, pero está lleno de imágenes de transformación. El Nuevo Testamento describe el misterio de la transformación con las palabras *metamorphoústhai* y *metaschematízein*: ser transformados, dar otra forma y figura, transformar. Si rastreamos las imágenes de la transformación que hay en la Biblia, giramos en torno al centro mismo de la Escri-

tura, en torno al misterio central de la acción sanadora y redentora de Dios en nosotros.

Dios revela su nombre y el misterio de su ser en la zarza ardiente. Al transformar la zarza en fuego ardiente, Dios muestra quién es él para nosotros. La zarza, como la “última hierba” que crece en el desierto, es imagen de lo despreciado y reseco, de lo cotidiano y vacío, de aquello que se pasa por alto o no se quiere ni ver. Precisamente en la zarza, carente de todo valor, se aparece Dios a Moisés y le dice: “He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto... Voy a bajar para librarlo del poder de los egipcios” (Éx 3,7s).

Dios aparece en lo débil y lo transforma. Por el fuego del amor divino, justamente lo inapreciable y débil, lo reprimido y no amado en nosotros es transformado en un claro resplandor. La luz de Dios puede penetrar nuestra vida y hacerla de pronto resplandeciente y hermosa. Seguimos siendo como somos. La zarza arde, pero no se quema. Y, sin embargo, es transformada en lo más íntimo. Dios resplandece a través de ella. Los santos padres vieron este hecho como imagen de María, que a través del nacimiento del Hijo de Dios reflejó el fuego divino sin quemarse. Pero la zarza es también una imagen de nosotros, que, como María, recibimos en nuestro seno la Palabra de Dios. María

es una imagen del camino místico al que Dios nos ha llamado. Los santos dicen que nosotros mismos nos tornamos en madre de Cristo, que en nuestro corazón acontece el nacimiento de Dios. El nacimiento de Dios nos transforma sin suprimir nuestra debilidad humana. Seguimos siendo la zarza, el hombre débil: vacíos y secos a partir de nosotros mismos. Y, sin embargo, en nosotros destella la gloria de Dios.

Al salir de Egipto, Dios transforma el mar en tierra seca, de modo que los israelitas pueden atravesarlo de forma segura mientras los egipcios sucumben bajo las olas. Para los israelitas, el mar seco se convierte en lugar de liberación, mientras que, para los egipcios, se convierte en su tumba. Israel atraviesa el mar hacia la libertad, hacia la tierra que Dios le ha prometido. Los egipcios, que hasta ese momento los habían sojuzgado y maltratado, son aniquilados. El paso del mar Rojo fue para Israel el prototipo de la acción salvadora de Dios, de la salvación de la cautividad. Para nosotros, los cristianos, el paso del mar Rojo es una imagen de la resurrección. En la resurrección de Cristo nuestra vida es arrancada de la muerte. El mar puede ser una imagen de lo amenazante que hay en nuestra vida, de la muerte que nos arrastra consigo a las profundidades, pero también del inconsciente que puede devorarnos. Si Dios transforma el mar en tierra seca, puede trans-

formar también lo peligroso y amenazante que hay en nuestra vida en un lugar de encuentro con él, en un barrunto del cobijamiento absoluto, del ser sostenido e impulsado por él. Y Dios puede transformar nuestro inconsciente de modo que podamos atravesarlo hasta la otra orilla, hasta la tierra prometida del paraíso, donde él nos espera. Es el milagro de nuestra hominización, que está representado en el paso del mar Rojo y que se nos concede experimentarlo en nosotros mismos en el bautismo. En él nos sumergimos en el agua para emerger nuevamente renacidos. El pecado es lavado por el agua, lo que inhibe la vida es aniquilado en el agua y los enemigos que quieren matarnos sucumben, mientras que la vida divina puede crecer y desplegarse en nosotros. Dios mismo obra ese milagro de transformación.

Cuando los israelitas corren peligro de morir de sed en el desierto, Moisés golpea con su cayado la roca en el Horeb (Éx 17,6). De inmediato brota agua, de modo que todo el pueblo puede beber. Los elementos “agua” y “lo seco” son ambivalentes. El agua puede vivificar y aniquilar. Lo seco puede prepararnos el camino por el que podemos caminar seguros, pero también puede secarnos, de modo que muramos de sed. Así, Moisés tiene que hacer brotar de la roca seca y dura agua que apague la sed del pueblo. La roca puede ser aquí una ima-

gen de lo duro y empedernido, de lo seco y reseco que hay en nosotros mismos. Podemos reprimir el inconsciente de tal manera que todo en nosotros se vuelva duro y seco. Entonces, ya no podemos sentir, pues nuestro cuerpo se hace duro y rígido. El inconsciente, que puede devorarnos, quiere al mismo tiempo darnos vida. Si se lo reprime, nuestra vida se vuelve vacía y reseca. Moisés toca entonces la roca con su cayado y restablece una relación entre el consciente y el inconsciente. Reúne los opuestos para que sean fecundos. Y de inmediato brota agua. Aquí, la transformación se produce por contacto.

Este fenómeno lo encontramos a cada paso en la Biblia. En el Nuevo Testamento, Jesús cura siempre a los hombres tocándolos. Lo que Jesús toca se transforma. Cuando Jesús toca a un enfermo pone algo en movimiento en su interior. En el contacto, el enfermo participa de la fuerza divina de Jesús: algo del Espíritu de Jesús se derrama en la herida y la transforma en lugar de la experiencia de Dios.

La Iglesia ha seguido practicando la transformación por medio del contacto en los sacramentos. Todos los sacramentos son sacramentos de contacto. Como dicen los santos padres, en los sacramentos nos toca la mano del Jesús histórico y nos penetra con su Espíritu. Dios trans-

forma el corazón de piedra en un corazón de carne: “Yo les daré un corazón fiel y les infundiré un espíritu nuevo; les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne” (Ez 11,19).

Para el Antiguo Testamento, el corazón es la sede de los sentimientos y del pensamiento. El corazón de piedra es insensible, frío, raso, cerrado y muerto. Ha perdido su cualidad propia. Si Dios infunde su Espíritu en nuestro corazón, lo transforma y entonces nuestro corazón puede sentir y percibir de nuevo. Es nuevamente humano. Aquí no se trata sólo de un polo opuesto, sino de la perversión del verdadero significado. El corazón está para sentir, pero el hombre puede endurecer su corazón. Por el pecado, se hace duro como una piedra. Así, pues, el amor de Dios debe ablandar y transformar lo duro.

En las religiones místicas del helenismo, el tema de la transformación estaba en el centro de la vida espiritual. El objetivo del iniciado era transformarse en un ser semejante a Dios. Todos los misterios giraban en torno a la transformación del hombre por su introducción en Dios. Ése era el gran anhelo del ser humano: que lo humano se transformara en lo divino, que lo mortal se revistiera de lo inmortal, que lo terreno fuese cubierto por lo celestial. El camino hacia la transformación consistía en diferentes consagraciones y ritos que transfor-

maban cada vez más la figura interior del iniciado. Transformación significa ahí también “desprendimiento del cuerpo de los lazos del mundo material, transfiguración corporal” (Kittel 764). En la apocalíptica judía, la transformación se entendía de otra manera: en el fin del mundo, los creyentes son transformados en otra figura, participan de la resurrección de los muertos. Las diferentes afirmaciones del Nuevo Testamento acerca de la transformación (*metamorphé*) se entienden mejor sobre el trasfondo de las religiones místicas del helenismo y de la apocalíptica judía.

Los sinópticos describen la transformación de Jesús en la transfiguración con el lenguaje de las representaciones apocalípticas. “Lo que se promete a los justos en el nuevo eón le acontece aquí a Jesús ya en el presente... El hecho de que la apariencia humana de Jesús se transforme por unos instantes ante la mirada de los discípulos de mayor confianza en la de un ser celestial del mundo transfigurado es la anticipación y la garantía de una realidad escatológica” (Kittel 765). En la transfiguración, Jesús hace resplandecer su verdadero ser: su divinidad se trasluce a través de su figura humana. Y a los discípulos se les hace patente quién es Jesús en realidad. En el valle suelen ver a menudo sólo su aspecto exterior, pero en el monte se les hace visible el misterio interior de Jesús. Ven algo que

Jesús siempre era, pero que se ocultaba a su mirada. Aquí, la transformación no es la creación de algo nuevo, sino la aparición del auténtico ser, del núcleo divino, a través de la figura humana. La transfiguración de Jesús también nos está prometida a nosotros. Si Dios está muy cerca de nosotros, si nos hacemos permeables a él, entonces brillará de pronto nuestro auténtico ser: seremos transformados en el rostro de Cristo.

Pablo describe esta transformación que se nos concede a través de Cristo ya durante nuestra vida utilizando en dos pasajes la palabra *metamorphoústhai* y en otros dos pasajes la palabra *metaschematízein*. En 2 Cor 3,18 nuestra transformación en la imagen de Cristo se opera por medio del Espíritu: “Por nuestra parte, con la cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosa, como corresponde a la acción del Espíritu del Señor”. A través del Espíritu se nos regala la visión de la gloria de Cristo. Al mirar a Cristo somos transformados cada vez más en su imagen. O sea, la transformación acontece por medio de la contemplación. Aquí Pablo toca la representación de los cultos místéricos helenistas, en los que la transformación acontece por la contemplación de la imagen de los dioses. De la imagen de Dios dimana una fuerza transformadora. Si contemplamos a Jesucris-

to, seremos penetrados y transformados cada vez más por su Espíritu.

“El Señor no es sólo el espejo en el que miramos, la imagen del Dios invisible, portador de la gloria de la resurrección; de él viene también el dinamismo que pone en movimiento el proceso de transformación, y su impulsor es el Espíritu” (Klauck 42). Somos transformados en lo que contemplamos, en la imagen y en la gloria de Cristo. Lo que Pablo describe aquí lo ha desarrollado la tradición espiritual de la Iglesia de Oriente en la teología del icono. Al contemplar el icono, éste me transforma. La imagen del icono se imprime en mí.

El contemplar como camino de la transformación se realiza tanto en el plano psicológico como en el espiritual. De la misma forma como contemplo a otra persona, me contempla también ella. Al contemplar y ser contemplado acontece la transformación. La mirada de una persona que ama hace brillar también mis ojos. Esa experiencia fue hecha fecunda en la Iglesia de Oriente para la vida espiritual. La imagen de Jesucristo, que es el verdadero trasunto del Padre, se representa en el icono. Al contemplar la imagen de Cristo, Dios mismo nos contempla a nosotros. Su mirada amorosa nos penetra, nos conduce a la verdad, despierta en nosotros amor y anhelo y nos transforma así en la ima-

gen de su Hijo. Para la Iglesia de Oriente, la meditación es sobre todo un contemplar. Contemplamos la imagen de Cristo hasta que ya no hay más espacio intermedio entre ella y nosotros, hasta que somos uno con el contemplado y nos transformamos en él.

Pablo nos exhorta en Rom 12,2: “No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios”. Aquí la transformación es para nosotros una tarea moral. Tenemos que transformarnos, o, mejor dicho, dejarnos transformar renovando nuestro pensamiento y nuestra voluntad, siguiendo el llamamiento de Jesús a convertirnos y cambiar de mentalidad. Según Pablo, la vida espiritual es un proceso constante de transformación. El Espíritu opera nuestra transformación, pero depende de nosotros el abrirnos al Espíritu de Cristo liberándonos del poder del mundo, del pensamiento de la masa, dejando determinar nuestro pensamiento por el Espíritu de Dios y no por el mundo. El pensar transformado conducirá también a un nuevo comportamiento, a un hacer y actuar a partir del Espíritu de Jesucristo. Si aquí nos dejamos transformar más y más por el Espíritu de Cristo, podemos confiar en que, en la muerte, Dios nos transformará para siempre en la imagen de Cristo.

De ello habla Pablo en la Carta a los Filipenses: del cielo “esperamos como salvador a Jesucristo, el Señor. Él transformará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del poder que tiene para someter todas las cosas” (Flp 3,20s). En la muerte todos seremos transformados (1 Cor 15,51): en ella se pondrá de manifiesto lo que el Espíritu ha obrado en nosotros ya en este tiempo. Aquí, la transformación es sólo un proceso que no termina nunca. Únicamente en la muerte llega a su fin. En ella aparece hacia fuera de forma visible para todos la figura de nuestro cuerpo glorificado. Por tanto, Pablo entiende nuestro camino espiritual como camino de transformación. El camino de transformación es al mismo tiempo obra de Dios y tarea nuestra. Vivir espiritualmente significa transformarse cada vez más hasta que el rostro de Cristo se haga visible en nosotros.

Pero lo que aquí experimentamos en cuanto a transformación es sólo un comienzo. Únicamente en la muerte experimentará su plenitud la transformación. En ella Dios transformará al hombre entero con cuerpo y alma, de modo que la gloria de Cristo nos determine y plasme por completo. Pero lo que se manifestará en la muerte es ya nuestra tarea. La espiritualidad consiste para Pablo en que ya ahora no sólo asimilemos nuestro pensamiento a Cristo, sino que dejemos también penetrar cada vez más